

La leyenda del nómada

ANIVERSARIO

PABLO MARTÍNEZ ZARRACINA



Es probablemente el escritor de nuestra época que más veces ha sido fotografiado en posiciones claramente ociosas: sentado en cafés, recostado en suntuosos sofás orientalizantes, tumbado sobre alfombras coloristas, bebiendo té, conversando con amigos, fumando kif. Solo por eso, Paul Bowles ya merecería sin duda alguna suerte de homenaje. Pero, además, fue uno de los prosistas más notables de su tiempo, un novelista lleno de interés y un cuentista sencillamente extraordinario. Puente entre la 'generación perdida' y los 'beatniks', cómplice de los hippies y referencia semilegendaria para los prófugos de la epidemia 'yuppie' de los ochenta, Bowles fue también una especie de ícono: un hombre libre que buscó nuevos mundos en el desierto y eligió Tánger para vivir una vida lúcida, solitaria, elegantemente desesperada y sensualista. Fue un «escritor caviar», según Allen Ginsberg. Paul Theroux lo describió como un hombre al que, de estar encerrado entre cuatro paredes, le bastaría con cerrar los ojos para emprender un viaje por el «vasto mundo de su propio pensamiento».

Paul Frederic Bowles nació hará cien años en diciembre, en el neoyorquino barrio de Queens. Su padre era un estricto dentista que, según cuenta el autor en su autobiografía, fue capaz de dejarle en pleno invierno desnudo en su canastilla junto a una ventana abierta no se sabe si para endurecerlo o si para aniquilarlo. Bowles recuerda en cambio a su madre como una mujer sensible que le leía cuentos de Poe.

Precoz y decididamente brillante, Bowles aprendió por su cuenta a leer y escribir. Tenía dos años. Con tres, componía historias protagonizadas por animales. Con cuatro años escribía poemas y llevaba un diario. Siendo un adolescente hizo dos descubri-

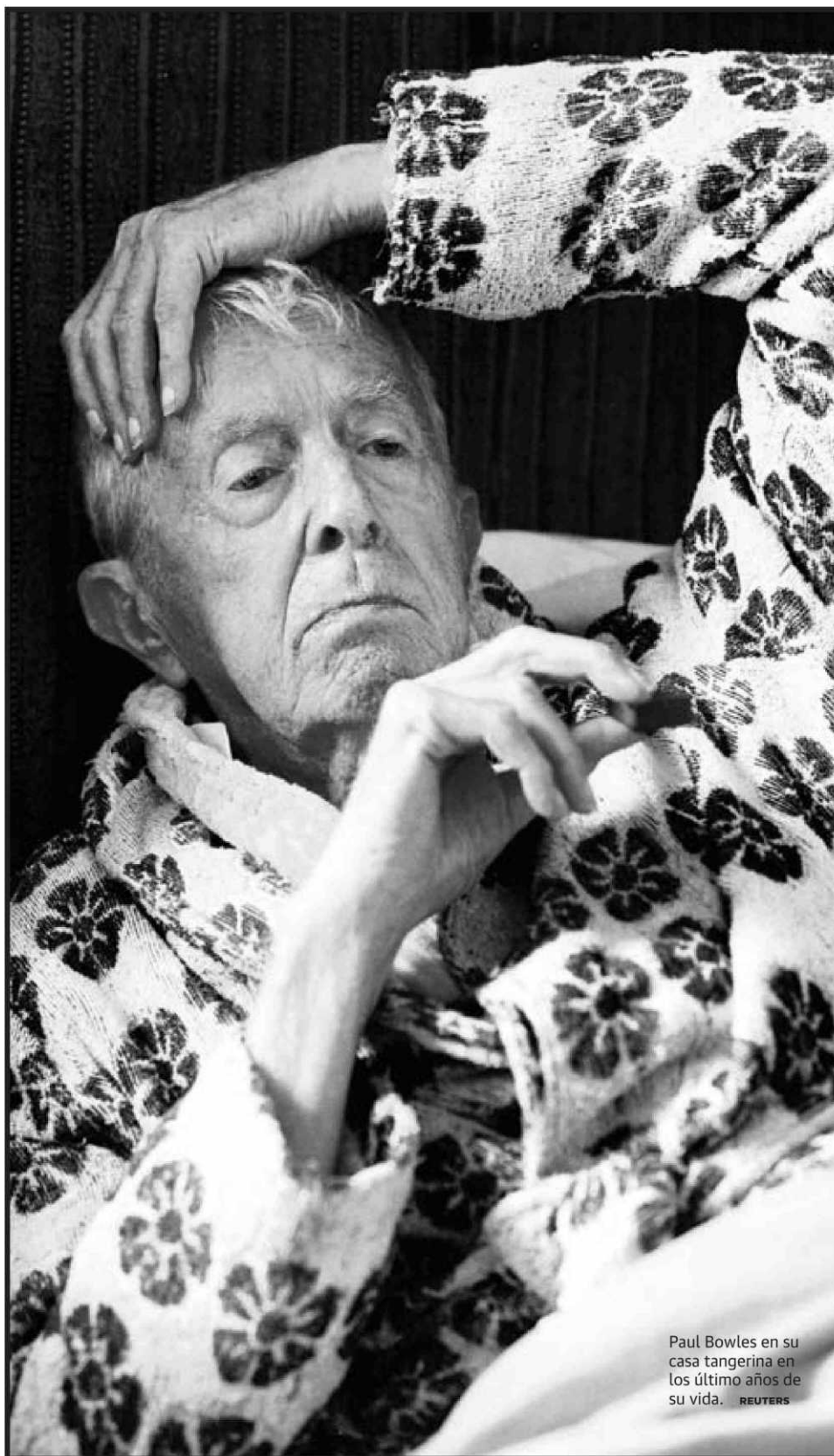
mientos que terminarían de apuntalar su vocación. Por un lado leyó 'Los sótanos del Vaticano', la novela de André Gide en la que se expone la célebre teoría del 'acto gratuito', esa especie de ética al tiempo aristocrática y existencialista que avanza alejada de la moral tradicional. Por otro lado, con dieciséis años vio el 'Pájaro de Fuego' de Stravinski en el Carnegie Hall. Aquel fue su primer contacto con la música contemporánea y marcaría la otra vertiente de su quehacer artístico: la composición.

Ningún lugar

Con diecisiete años el joven Bowles publicó dos poemas surrealistas en la revista 'Transition' que el grupo de Gertrude Stein y Ezra Pound sacaba en París. Tres años después, el autor estaba viviendo en el Quai Voltaire y alternando con la propia Stein, con media 'generación perdida', con Maurice Grosser, con Jean Cocteau. Todos le llamaban 'Freddie'. Vivir en el lugar del mundo donde estaban pasando las cosas, donde se escribían las novelas más rompedoras y las partituras más arriesgadas, sería una constante en la primera mitad de la vida de Bowles. En la segunda, el propio Bowles indicaría con su presencia cuál era ese lugar.

Después de París llegó Berlín, donde estudió composición musical con Aaron Copland y trabó amistad con Stephen Spender y Christopher Isherwood. También vio tocar el piano a Béla Bartók y se alojó en casa del pintor dadaísta Kurt Schwitters. En el verano de 1931 Bowles y Copland conocieron Tánger

Surrealista fue que un americano de Long Island llegara a Tánger en los años 30 y 40 con la intención de componer música para piano, acompañado además de la inspiración dadaísta de Kurt Schwitters, de los poemas de Verlaine, del tutelaje compositivo de Aaron Copland o de los consejos viajeros surgidos en una de esas 'soirées' lésbicas que organizaban Gertrude Stein y Alice B. Toklas, en su piso-museo parisino de la Rue de Fleurs. Pero la leyenda y el mito de Paul Bowles no surgieron de su música o de su condición de anfitrión en los viajes a Tánger de la 'beat generation', sino de su extraña unión con Jane Bowles y,



Paul Bowles en su casa tangerina en los últimos años de su vida. REUTERS



Se cumplen cien años del nacimiento de Paul Bowles, el autor de 'El cielo protector' y uno de los grandes mitos literarios del siglo XX

en un viaje que también les llevó a Sevilla y Madrid. El 31 de diciembre de ese mismo año la música de Bowles fue interpretada por primera vez en público. Ocurrió en Londres y sonó una pieza titulada 'Sonata para oboe y clarinete'.

Más que un viajero, Bowles fue una especie de nómada. En su juventud visitó Italia y Puerto Rico, vivió en Los Ángeles y recorrió Marruecos, Argelia y Túnez, incluyendo en sus visitas arriesgados viajes en camello a través del Sáhara. El viaje era para él un ejercicio espiritual en el que había espacio para la curiosidad voraz y el no menos voraz desapego. En 'El cielo protector' Bowles describe al auténtico viajero como alguien que «no pertenece más a un lugar que al siguiente». Un individuo que «se desplaza con lentitud durante años de un punto a otro de la tierra» y «encuentra difícil decir en cuál de los muchos lugares donde ha vivido se ha sentido más a sus anchas».

En la segunda mitad de los años treinta ya disfrutaba de una creciente fama como compositor y comenzó a ser requerido para poner música a las producciones teatrales de autores como Orson Welles, Tennessee Williams o Saroyan. El compositor y crítico musical Virgil Thompson escribió que Bowles tenía un «extraordinario don para el teatro».

En 1937 conoció en Nueva York a una prometedorá escritora llamada Jane Auer, con la que se casó un año después. Desde entonces, la joven fue conocida como Jane Bowles.

Ambos protagonizarían uno de los matrimonios literarios más legendarios del siglo XX. Los dos eran autores dotados de una rara brillantez y los dos construyeron una vida en común bastante poco común. Paul y Jane Bowles eran homosexuales y mantenían continuas y furiosas aventuras con terceras personas. Sin embargo, también estaban muy unidos. Convivieron durante más de treinta años. Muchos de ellos transcurrieron marcados por el alcoholismo y los problemas mentales de Jane, que en 1957 tuvo un ataque cerebral que la dejó seriamente imposibilitada.

Jane y Tánger

La aparición de Jane fue fundamental en la carrera literaria de Paul. Fue ella la que le animó a escribir y a alejarse del mundo de la música profesional, donde su triunfo ya era total. Llegó a trabajar con Leonard Bernstein y también en un ballet cuyos decorados fueron pintados por Salvador Dalí. Bowles reconoció años después que, si no hubiese dejado Broadway, habría terminado volviéndose loco. En sus primeros años de matrimonio, los Bowles vivieron entre Estados Unidos y Sudamérica, de un modo ordenadamente tumultuoso. En 1943 Jane Bowles publicó 'Dos damas muy serias', obra que suele considerarse como su mejor novela. El libro fascinó a gente como Truman Capote y Tennessee Williams. Hablando de 'Dos damas muy serias', John Asberry hizo años después un llamamiento para considerar la obra de Jane



Imperio Argentina y Paul Bowles charlando en la terraza del Hotel Intercontinental de Tánger. Abajo, junto a su esposa Jane. :: COL. E. PORTOCARRERO Y ARCHIVO

Bowles más allá de la fama de su marido: «Sería deseable que se la reconociese por lo que es: una de las más notables escritoras modernas en cualquier lengua».

En 1947 los Bowles se instalaron en Tánger definitivamente. Fue el comienzo de una etapa prolífica y mítica. Paul Bowles escribió allí sus grandes libros y actuó como una especie de imán. Varias generaciones de artistas inquietos peregrinaron hasta Marruecos, y hasta los Bowles,

en busca de algunas dosis de exotismo y libertad. Aquella tarjeta postal cultural brillaba como una promesa en los años de la posguerra mundial: el sol, la huida, los modos de vida alternativos. En el imaginario colectivo, Bowles aparece todavía hoy sentado en el Hafā Café, viendo cómo cae el sol mientras charla con Gore Vidal y Truman Capote, o con los jóvenes Allen Ginsberg y William Burroughs, o con los aún más jóvenes Mick Jagger, Keith Richards y Patti Smith.

En 1949 Bowles publicó su novela más conocida: 'El cielo protector'. El libro cuenta la historia de un matrimonio norteamericano que huye de la SGM adentrándose en el desierto africano y al mismo tiempo en su propio desierto interior. La novela combina el aroma de las grandes aventuras con el peso de una gran prosa introspectiva y fue un éxito absoluto. Cyril Connolly dio una vez más la mejor definición del libro, quizá también la más malvada: «Esto es Hemingway para adultos».

Letanía íntima

La carga autobiográfica de 'El cielo protector' es evidente y la novela contribuyó enormemente a forjar el mito Bowles. La voz de la novela conseguía expresar perfectamente el pensamiento estoico, profundamente nihilista y suavemente irónico de su autor: «Estaba en algún lugar; para regresar de la nada había atravesado vastas regiones. En el centro de su conciencia había la certidumbre de una infinita tristeza, pero esa tristeza lo reconfortaba porque era lo único que le resultaba familiar».

Después de 'El cielo protector' llegaron novelas como 'Déjala que caiga' y 'La casa de la araña'. También numerosas y excepcionales colecciones de relatos. Y algunos libros de poemas. Los temas de estos libros son siempre los mismos y llegan a componer una especie de letanía íntima y oscura: el aislamiento, la violencia, el aniquilamiento de la inocencia, la imposibilidad de la comunicación incluso entre quienes más se aman. A partir de los años setenta, Bowles publicó también interesantes volúmenes autobiográficos -los libros 'Memorias de un nómada' y 'Two years beside the strait', el diario tangerino 'Días' - que aparecen marcados por una de las principales características del autor: su agudísima, y por momentos gélida, inteligencia.

En su última etapa, Bowles se esforzó por traducir al inglés a autores de Marruecos como Mohammed Mrabet o el gran Mohamed Choukri. En 1991 Bernardo Bertolucci llevó al cine 'El cielo protector' y volvió a poner de actualidad la obra y la personalidad del americano. A Bowles no le gustó la película, aunque sirvió para que una nueva generación comenzase a viajar a Tánger fascinada con aquel escritor que posaba para las fotos tumbado sobre cojines coloristas, bebiendo y fumando como un dandi desesperado y sin prisa. Paul Bowles murió en 1999, con 88 años. «La muerte está siempre en camino», escribió en 'El cielo protector', «pero el hecho de que no sepamos cuándo llega parece suprimir la finitud de la vida. Lo que tanto odiamos es esa precisión terrible».